

DIARIO DE CÓRDOBA

APARTADO NÚM. 30
TELÉFONO 184

PERIÓDICO INDEPENDIENTE, DECANO DE LA PRENSA CORDOBESA

Director propietario: D. Manuel García Lovera

FRANQUEO
CONCERTADO

Subscripción en Córdoba. . . Trimestre. . . 6 Ptas
Idem resto de España. 6
Idem en el extranjero. 10
Pago adelantado. | Número suelto, 10 céntimos.

VIERNES 6 DE ABRIL DE 1917

Los señores suscriptores tienen derecho a insertar en la
carta plana un anuncio al mes, que no exceda de quin-
ce líneas y que sea de su interés exclusivo, abonando pre-
viamente el impuesto del Timbre, a razón de diez cén-
timos por cada inserción.

AÑO LXVIII



Hoy y mañana

Viernes Santo. Día de recogimiento espiritual, de meditación honda para el mundo católico. Estamos frente a la dolorosa tragedia que terminó en la cumbre del Gólgota con la muerte del Justo. Y surge a los ojos de nuestra alma, como una divina evocación, la figura de aquel excelso Crucificado que dio su vida para redimir a la humanidad.

Viernes Santo. Han enmudecido las campanas, amortiguándose los mil ruidos de la urbe. Parece muerta la población. Y sin embargo estamos en primavera y la vida resurge vigorosa y fecunda. Primavera andaluza que es como un desbordamiento deslumbrador de colores. Sol vivificante y radioso; cielo intensamente azul; ambiente tibio y perfumado.

Los templos infunden respeto con la severa majestad de sus naves; en la penumbra se levantan las columnas como fantasmas, sosteniendo las inmensas bóvedas; brillan en los altares las pálidas luces temblorosas; escuchanse los apagados murmullos de fervorosas plegarias. Y en la oscura hornacina destaca la figura de Cristo clavado en la Cruz. La mujer desfila por las calles y se arrodilla en las iglesias, ocultando el fulgor de sus ojos bajo las negras blondas de la clásica mantilla.

No ha menester nuestro pueblo de excitaciones de ninguna clase para celebrar con el recogimiento debido las solemnidades de Semana Santa.

Córdoba es una población profundamente religiosa que guarda en el fondo de su alma las fervientes creencias de sus mayores, como un inapreciable tesoro espiritual del que no ha de desprenderse nunca. Y en estos días en que se conmemora la Pasión, cuando los templos se visten de luto, cuando evocamos las dolorosas escenas del Calvario y aparece a nuestra vista la Cruz con los brazos extendidos como divino signo de redención, se exteriorizan con mayor elocuencia los sentimientos religiosos de los cordobeses.

Horas de meditación son estas que la Iglesia Católica dedica a la muerte de Cristo. El mundo cristiano se arrodilla piadosamente con el pensamiento puesto en la cumbre del Gólgota donde fue crucificado Jesús.

Viernes Santo. Jesús ha subido al Calvario con la pesada Cruz sobre sus hombros y ha entregado su alma a Dios con la resignación sublime de un mártir divino. El madero del sacrificio ha extendido sus brazos por toda la humanidad, como símbolo de paz, de fe, de piedad y de amor.

Las iglesias están silenciosas y oscuras. Es un silencio grave y augusto que pone en el alma una honda emoción. La multitud se arrodilla reverentemente. La ciudad ha amortiguado sus ruidos. Ha cesado el estrépito de la vida diaria. Es como un paréntesis en esta interminable lucha por la existencia.

Pero mañana volverá a resurgir la vida en la población silenciosa. Vibrarán las campanas volteando alegremente en las altas torres; se escucharán gritos de júbilo y estampidos de cohetes, y de todas las bocas saldrá como un himno de esperanza: ¡Resurrexit! Renacer de ideales, despertar de ilusiones, alboracear de una existencia nueva, principio de otro período de lucha. Después de la tragedia, el alma se abre nuevamente a la fe y al amor.

¡Resurrexit! La Iglesia católica echará a vuelo sus campanas para festejar la resurrección de Jesucristo. En los templos, cantarán los sacerdotes, y los órganos dejarán oír las más amplias sonoridades de sus registros. El orbe católico entonará mañana un himno al Redentor que abandona la sepultura para subir a los cielos. Y las ciudades convertidas en tumbas durante los días de la Pasión, volverán a la vida con el clamoroso estrépito de los campanarios. Es entonces cuando la primavera parece más hermosa, más espléndida, y cuando nuestro pecho se siente lleno de optimismo sano y generoso.

¡Resurrexit! Esperanzas muertas, anhelos frustrados, ideales rotos, entusiasmos desaparecidos; to-

do eso forma un montón de miserias que nos impide avanzar y nos desalienta. Pero la mágica palabra, el ¡Resurrexit! que mañana entonará el mundo cristiano, hará vibrar los corazones, alentará las almas y despertará la ilusión. Y acaso en el hombre nazca otro hombre más fuerte, y del pueblo surja otro pueblo más vigoroso, más emprendedor y más humano.

La soledad de María

Dolor meus super dolorem.

Sus pétalos inclinan los lirios de los valles, los árboles se ostentan sin flores en sus ramas, sin rosas los rosales.

El viento apenas besa las copas de los árboles, suspiran levemente las olas de los mares y lágrimas parecen las gotas de rocío que de las flores caen.

En la extensión celeste la luz del sol no arde; ¡murió sus fulgores sin esperar la tarde, y de la noche triste las sombras misteriosas se abrazan y se esparcen!

¿Por qué la tierra viste su fúnebre ropaje y el cielo no derrama sus dulces claridades?

¿Por qué los vientos callan, las flores se marchitan, y no trinan las aves?

¡Es que doliente y triste la Madre de las madres, la Virgen de las vírgenes, la Reina de los ángeles, herida por la pena, sus soledades siento, llorando sus pesares!

Perdieron sus mejillas sus rosas celestiales, asoman a sus ojos las perlas a millares y sus amargas quejas elevan a la altura los ecos de los valles.

El alma de su alma, la sangre de su sangre inerte sostuvieron sus brazos virginales; no hay corazón que sienta como sintió María, ni pena más constante!

Ella que fué conjunto de amores maternales; que amor sobre la tierra cual nunca amara nadie, mostró su pecho tierno, herido y traspasado, por el pesar más grande!

¡Salém, Salém ingrata, contempla tus crueldades! los siglos maldiciéndote habrán de recordarte!

¡y dejarán tus hijos sus casas y tus templos para vivir errantes!

Perdidos tus tesoros, hollado tu estandarte, hundidos tus palacios, hundidos tus hogares, la voz de los profetas, que distes al olvido, resonará en los aires.

¡Oh, Virgen de las vírgenes, al pie de tus altares recuerdo tus dolores, tus negras soledades, y el alma pecadora, llorando sus ofensas, se acoge a tus bondades.

Lloren tus desventuras los lirios de los valles, los vientos cadenciosos, las olas de los mares, y suenen en la tierra los cantos del poeta, y suenen en los cielos los cantos de los ángeles.

Narciso Díaz de Escovar.

LA CRUZ A CUESTAS

Y arrastrando difícilmente la Cruz, salió para el lugar llamado de las Calaveras.

S. Juan 19-17

Había transcurrido aquella noche horrosa durante la cual el Divino Jesús sufrió las pruebas más crueles: insultos, escarnios y bofetadas ofrecen y dan al Redentor en la casa del Sumo Pontífice de aquella corrompida e hipócrita Sinagoga; y burlas e insultos ha sufrido Jesús en la casa de Anas y en la del Rey de Galilea; y después en el palacio del Pretor y jefe romano Pilatos, ha sido víctima el Divino y Mansísimo Cordero de una brutal y nunca vista ni entendida flagelación.

Los soldados feroces que tenía el Pretor, movidos de un satánico furor contra Jesús, se disputan a porfía el atormentar al Hijo de Dios y del Hombre, sin poder nosotros decir qué era más fuerte, o el coraje de los injustos enemigos de Jesús o la paciencia de Nuestro Redentor sufriendo aquellas tremendas penas y amarguras. Destrozados todos sus Hermosos Miembros; rotas en mil partes sus Divinas Espaldas; descompuesto su Rostro por los golpes, Jesús no exhala una queja, mira con ternura a aquella turba de tigres, entreabre sus labios para pedir por ellos, y por recompensa a tanta humildad recibe en su Santa Boca nuevos y más fuertes puñetazos. Jamás se ha visto hombre que sufra más tormentos y jamás se ha visto hombre de más resignada paciencia.

Pero llega un momento supremo. Pilatos ordena que cese aquella infernal tortura y tomando a Jesús lo enseña al pueblo y dice: «Hece Homo», «He aquí el Hombre». Mas la turba embravecida pide más, quiere más, quiere que el Justo muera en la Cruz y el Pretor entonces reconoce la Realeza de aquella Víctima y exclama ante el pueblo: ¿Queréis que crucifique a vuestro Rey? Pilatos es el primero que llama Rey a aquel Hombre destrozado, y decía bien, porque el único Rey de pleno derecho es Cristo, porque es el Hijo de Dios, y por tanto es el Rey del mundo y el Señor de todo lo creado; además, porque solo El ha conquistado el reino absoluto sobre la humanidad, porque ese trono era la Cruz que El ha de tomar y llevar sobre su Sagrada Persona y cosido materialmente a ella por los clavos quedará desde entonces reconocido por propios y por enemigos como Rey de la humanidad y Señor de los que dominan.

El pueblo judío dice que aquel no es su Rey, pero el pueblo judío siente desde entonces sobre sí el peso del reinado de Jesús. Nunca se había visto ni se ha vuelto a ver un reino más estable ni más consolidado. Jesús fué proclamado Rey por Pilatos y el mundo entero se asombra considerando esa proclamación, que es cierta, efectiva y la más estable de cuantas se han otorgado, como símbolo de redención del hombre. Pero admira una cosa, llama la atención el temor de Jesucristo para cojer y llevar su Cruz. De pronto el nuevo Isac cambia su modo de presentarse y le vemos temblando, convulso, abrazarse a la Cruz. Es que aquel instrumento de nuestra salvación y al mismo tiempo trono de la personal y propia grandeza de Jesucristo, es también el conjunto y síntesis de todas las culpas humanas.

La Cruz por un lado es el símbolo de las mayores glorias y mayores triunfos; por otra parte representa y sintetiza las mayores iniquidades y más grandes crímenes. La Cruz es el instrumento más bueno del mundo y es a la par el más perverso y despreciable. Cristo cuando la abraza lo hace bajo el segundo aspecto: abraza la iniquidad toda junta y entera y por eso tiembla. Se abruma no el Hombre santo y fuerte, sino el Hombre débil y pecador. La Cruz que representa el árbol en que el Padre de la humanidad pecó; y que acaso, según piadosa tradición, estaba hecho del corazón de aquel mismo árbol, no hace temblar a Jesús por su peso; lo que le hace temblar es el pecado que está vinculando y unido indestructiblemente a aquella Cruz. No vacila, pues, el Redentor de los hombres por el peso material del leño.

La Justicia de Dios pone en ese lábaro todo el peso de su Infinito Poder, y los Hombres de Jesús vacilan y se rinden con tanta carga; con aquello, que desde entonces había de representar el monograma de Cristo. Por eso Cristo abraza su Cruz y la abraza temblando.

Toma el camino del Calvario, que es la calle de la Amargura, y camina por ella, no con paso firme y decidido, sino con paso incierto, dudoso y balbuciente. Cristo no puede más. Solo le contiene la Justicia Divina para que cumpla su redentora misión. Desde la ciudad infame e hipócrita que se vanagloria de ser la depositaria de las antiguas tradiciones, hasta el Calvario, hay una calle larga, tortuosa y de difícil paso. Jesucristo la sube con gran fatiga, y en cada paso hay una nueva dificultad.

Su Cuerpo exhausto de sangre, su Humanidad completamente decaída, ya no puede más. Cristo tropieza y Cristo cae bajo el peso, no de la Cruz, sino bajo el peso de la concupiscencia de los hombres. Es el peso de los deleites sensuales, de la pasión de la carne, lo que hace que quede unido a la tierra y se confunda con el polvo de la misma. Esta caída significa no otra cosa que el peso de la concupiscencia, necesario para que el Salvador redima de la misma a la humanidad culpable. Por un momento Jesús queda sin vida; parece haber muerto en aquel lugar; sin embargo, la Justicia de Dios, más que los golpes de los verdugos, lo levanta, y Cristo continúa por el difícil camino de la calle de la Amargura, sosteniendo la penosa y ya abrumadora carga. Sus pisadas cada vez más difíciles, su respiración anhelosa y sus fuerzas agotadas, indican que solamente un poder sobrehumano lo sostiene, y Cristo continúa, camina bajo el peso aplastante de la Cruz. Sube aquella tortuosa vía, oyendo los aluidos y maldiciones de sus verdugos, para quienes pide clemencia y misericordia. Pienso más que en sus dolores en las culpas de los hombres a quienes tanto ama; tiene para ellos la Justicia de Dios e implora inagotable misericordia. Pero hay una segunda concupiscencia; un segundo pecado; es la avaricia, origen de gran parte de las culpas. Jesús ya no puede, vuelve a tropezar y vuelve a caer. Unese nuevamente con la tierra y se hace polvo, porque el hombre polvo se hace cuando por modo desmedido busca las riquezas mundanas. De nuevo se suspende su preciosa vida; pero la Omnipotencia de Dios lo reanima y Cristo continúa por aquella amarga vía que va regando con su Sangre. Los verdugos multiplican los tormentos y torturas, gozándose en ellos, cuando el peso de la soberbia, que fué el origen de graves culpas, rinde y hace caer por tercera vez al Salvador. Y ya Cristo no puede más. Jesús murió como hombre. Los judíos temen que no llegue al Calvario, y buscan a un extranjero que por obediencia ayude a Cristo a llevar la Cruz. Altísima significación. Simón Sirineo representa al pueblo gentil que por obediencia será luego de Cristo. Es el pueblo que después oye la voz de Jesús: «Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz y sigame», y ese nuevo pueblo es el que en los tiempos presentes forma la Iglesia de Cristo.

Berenguer Ramón.

Córdoba 2 Abril 1917.



LOS LEPROSOS

Jesús, con los amorosos dedos de tus manos magas, curaste un tiempo las llagas terribles, de los leprosos.

Estaban al exterior aquellas que Tú, clemente, pudiste, rápidamente, trocar en flores de amor.

Mas hoy las llagas fatales, ocultas tras pechos sanos, hacen crecer los gusanos del mal entre los mortales.

De ellas es el brusco aliento que despierta a la lujuria; por ellas mata la furia todo noble sentimiento.

Y los odios, que se avienen con traiciones y perfidias, y el rencor y las envidias, en ellas morada tienen.

Ven, Redentor, ven al mundo de nuevo con tus amores, y trueca llagas en flores, y en paz el odio profundo.

¡Oh Jesús, que a compasión mis pobres frases te muevan! ¡Ven y cura a los que llevan la lepra en el corazón!

Francisco Arévalo.



Judas y Pilatos (1)

Del odioso y repugnante cuadro que presenta la ciudad de Jerusalén durante las trágicas escenas de la Pasión del Salvador; de entre ese cúmulo de traiciones, ultrajes y horrible confusión de pasiones turbulentes, solapadas envidias e indignas bajezas, que forman la trama del sangriento decidido, destáncense entre los demás dos personajes, como reclamando especial atención y más detenido examen: el discípulo traidor y el cobarde gobernador de la Judea.

Judas y Pilatos, más que por caracteres aislados, descuellan; por representar dos grupos numerosísimos de enemigos de Cristo, por ser como los dos tipos y ejemplares, a cuya imitación procuró modelar siempre Lucifer el corazón, la inteligencia, los sentimientos y el modo de proceder de sus secuaces, de muchos de los que militan bajo las banderas del odio, del sensualismo y de las rebeldías de los hijos del siglo y enemigos de Dios.

Los que tanto simulan admirarse, cuando son testigos de las defecciones de algunos católicos, sacerdotes o religiosos, debieran fijar su vista en Judas, y aprender en su traición una verdad, que ignoran o aparentan no saber, y que es fundamental en la doctrina evangélica. Es esta: que Dios no es aceptador de personas, y lo mismo recibe con los brazos abiertos y lleno de amor a la adúltera, que implora arrepentida el perdón y la misericordia, que lanza de sí con inteligencia al discípulo, que le abandona en lo más secreto de su conciencia.

Verdad tremenda que se ha venido realizando a través de los siglos desde que levantó en alto la bandera de traición el apóstol Judas.

Y cuando esto sucede, cuando los que comen en la misma mesa de Cristo y beben en su propia copa, le venden traidoramente, nunca faltan Pilatos que consuman la maldad comenzada, nunca faltan poderes públicos que sancionen los más indignos amañes, ni autoridades que, lavándose las manos, dicten al propio tiempo sentencia de muerte contra Cristo, pongan sobre sus hombros la cruz, y si es preciso, lo empujen hacia el camino del Calvario, para que se convierta en el blanco de ignominia de vil y embrutecida muchedumbre, de soldadesca impia, de extranjeros y advenedizos.

Que la repetición de tales escenas y traiciones es de todos los siglos, la historia con incontestable evidencia lo demuestra. Los nombres de los corifeos del error, las sectas y heregias que surgieron en todas las épocas conmoviendo más o menos la sociedad en que nacían y amenazando siempre destruir la Obra del Divino Salvador, nos presentan la negra y detestable descendencia del traidor Judas y del cobarde Pilatos.

Basta recordar, en prueba de ello, las deficiencias de Arrio, Eutique, Nestorio y las cobardías y arbitrariedades de los poderes del Bajo Imperio; los escándalos de Lutero, Zuñigo y Talonio y las bajezas de Enrique VIII e Isabel de Inglaterra, de Federico, Landgrava de Hesse y de otros mil; y donde quiera que se vea adigida y vejada la Iglesia, al propio tiempo hallaremos esa doble generación, a cual más detestable, de Judas y Pilatos, que por la sed del oro, de la comodidad y los placeres los unos, o por la ambición del mando y el desmedido orgullo los otros, se unen en inicuo matrimonio, para urdir insensatos planes de batalla y declarar la guerra a Dios, a Cristo y a su Iglesia.

Y si de esas épocas antiguas pasamos a los tiempos modernos, valiera más echar sobre ellos un velo que templara los rayos fatídicos de esa deslumbradora evidencia que

(1) Este artículo le dejó inédito al morir el P. Marcelo de Campillo, Capuchino.

por doquiera centellea. Si; Judas y Pilatos fueron los principales actores del drama sangriento de la Pasión; Judas y Pilatos fueron los que empujaron a la Iglesia de Jesucristo por el sendero del Calvario en los siglos todos; y Judas y Pilatos, debemos llamar, para señalarlos con sus propios nombres, a todos esos, y son muchos, casi infinitos en número, que en toda Europa, pero señaladamente en nuestra amada Patria, tratan de echar sobre el Catolicismo la cadena de la más ignominiosa esclavitud, obligándole a arrastrarse penosamente por senderos difíciles y empujándole hacia la oscuridad de las catacumbas, al mismo tiempo que desatan contra él todo el furor de sus infames persecuciones.

No es la impiedad franca y desecrociada la que causa el mayor mal a la Iglesia Católica, sino los Judas y Pilatos. Son los cobardes y los ingratos católicos de su casa, pero incrédulos de la calle, los que sin atravesarse a renegar de Cristo en su hogar, entran en negociaciones con sus enemigos, y de estos deberemos decir que son los Judas; y son asimismo los potentados y hombres de autoridad los que habiendo recibido ésta para edificación y gloria de la Iglesia, y no para su mengua y destrucción, se cruzan de brazos o se lavan las manos, contemplando impávidos cómo son conculcados los derechos de Dios y arrebatados del pueblo los nobles sentimientos de religión y moralidad; a estos monstruos con apariencias humanas los conoció siempre la historia por su propio nombre: por el nombre de *Pilatos*.

Judas y Pilatos: he ahí los agentes principales de todas las amarguras, que tuvo que devorar la Iglesia; he ahí los monstruos horribles, que mancharon la tierra en todo tiempo con los odios y las discordias, con la anarquía y el desorden, con la confusión y la sangre.

Detestemos siempre en nuestros corazones las bajezas que distinguen y caracterizan a los Judas y Pilatos.

Fr. Marcelo Campillos.

EL LLANTO DE LA DOLOROSA

¿Qué tiene la imagen de la Dolorosa?
¿Qué tiene su triste mirada amorosa
que causa amargura, que impulsa a llorar?
¿Cuál es el misterio, cual es el encanto
que mueve las almas con voces de llanto
al verla, entre flores y luces, pasar?
¿Por qué su figura de excelsa matrona
que el cetro del mundo cristiano corona
por reina, por fuente, por madre de amor,
para nuestro pecho crece y se agiganta,
más que si la luna llena con su planta,
si hay en sus mejillas llanto de dolor?
¿Visteis de sus ojos resbalar las perlas?
¿Y, acaso, lograsteis conseguir al verlas
que no se conmueva vuestro corazón?
¿Por qué su divino llanto soberano
impresiona el alma del linaje humano
y algo, que es muy nuestro, vibra en su aflicción?
Es que por sus ojos lloran a raudales
sus íntimas penas todos los mortales.
¿Que extraño es que el hombre con su palcear
su pecho amantísimo destroce y taladre,
si antes que ser Reina del cielo fué madre,
y antes que ser madre de Dios fué mujer?
Es que sus divinas lágrimas no oculta.
Es que el dolorido rostro no sepulta
en el negro manto, y al verlos brillar,
por ellos lloramos los dolores ciertos
de nuestras miserias y de nuestros muertos,
que son tan amargos y hondos como el mar.
Es que hambre tenemos y sed de caridad;
es que el hombre es siempre, sin saberlo, un niño
falto de la amante sombra maternal,
y va por el mundo buscando un regazo,
la tibia ternura que imprime un abrazo,
los puros consuelos de un beso ideal.
Por eso, es el llanto de la Dolorosa
de todos los hombres: por madre amorosa.
Por eso conmueve nuestro corazón.
Y así, en la divina tragedia cristiana,
Ella por divina y al par por humana
es la sacrosanta rosa de pasión.

Benigno Ifiguez.

Consumatum est!

El Mártir divino ha subido a la cumbre del Sacrificio; sus crueles verdugos lo han fijado con duros clavos en el Arbol Santo de la Cruz, y esa Cruz levantada en alto, entre el cielo y la tierra, es el testimonio de la reconciliación divina con el hombre ingrato.

La infame obstinación del pueblo de Israel no reconoce al Redentor divino, pues blasfema de su santo nombre, le insulta en el momento en que apura el amargo cáliz del dolor y ve brotar su generosa sangre, sin querer aprovechar de la divina misericordia.

Como sangrientas fieras se congregan a su lado para devorarlo y el inocente cordero no abre su boca para quejarse, sino para pronunciar palabras de perdón.

¿Por qué ese pueblo infame persigue con tan ciego encono a la víctima sagrada?

¿Acaso no recuerda que hizo el bien a todos y que consoló y curó a los enfermos y afligidos?

¿Olvidó tal vez que dió vista a los ciegos, movimiento a los tullidos, oído a los sordos y resurrección a los muertos?

¿No fué Jesús quien dió alimento a las turbas que ansiosas le seguían por escuchar su divina y celestial doctrina?

Esa víctima augusta es el Dios del Sinai, que dió a ese pueblo la divina ley que encierra la justicia y santidad.

Ese Dios libertó a ese pueblo de la potestad de los egipcios abriendo un camino seco en medio de los revueltos mares y realizó miles prodigios en el desierto, desde donde los llevó con una columna de nubes durante el día y una columna de fuego por la noche a la tierra de promisión.

Si dió las coronas a sus reyes ¿por qué lo coronaron de espinas y le pusieron como cetro una frágil caña?

Si hizo que brotaran las cristalinas aguas de la dura roca ¿por qué le dieron hiel y vinagre en su agonía?

Si azotó con terribles plagas a Faraón ¿por qué le azotaron como vil esclavo y le dieron de bofetadas?

Jesús, en medio de sus infinitas amarguras, puede decir al pueblo impío: ¿Qué no hice por tí ¡oh pueblo mío! para que así me aborrecieras? ¿Acaso no te amé hasta dar mi vida y derramar mi preciosa sangre por tu salvación? ¿No soy acaso la verdad y el bien y no te demostré el camino de la vida?

Antonio Arévalo



Tú podiste a Barrabás y cerrando tus ojos a la luz quisiste sólo el reinado de las tinieblas.

¡Cuántas amargas lágrimas derramé por tí, Jerusalén, y tú no quisiste amar a tu Redentor.

Ya he consumado la obra de la Redención del género humano (dice el Divino Mártir) y he abierto para los que me aman las puertas del Paraíso.

¡Consumatum est!
¡Qué palabra tan sublime para que sea meditada por el cristiano!

Para la Creación sólo bastó la Omnipotencia divina; para la Redención fué preciso el divino Sacrificio.

Un Dios que busca al ingrato pecador, vil gusano que se arrastra en este valle de dolores y que está sujeto a la ignorancia y a las innobles pasiones y que le ama de tal manera que toma la forma de siervo y de tal modo se anonada que sufre frío, hambre, persecución, horribles dolores, infames desprecios y que se entrega como si fuera un malhechor, siendo la misma santidad y la misma inocencia, a la más afrentosa muerte, derramando hasta la última gota de su sangre; esto, supera a toda inteligencia y es el mayor de todos los prodigios de la piedad divina.

¡Consumatum est!

Los infames colonos dieron afrentosa muerte al Hijo dueño de la heredad, después de hacer también morir a sus más fieles servidores. ¿Y qué hará el Dueño con los infames colonos? Malos; maleperit...

Ciertamente que los perderá y dará su herencia a otros labradores.

La obra de la Redención se llevó a cabo en el monte santo y el pueblo deicida experimentó la maldición que atrajo sobre su frente; pero no se excluye de los beneficios de la sangre del cordero. El pueblo gentil recogió la herencia que ellos rechazaron y ciegos de corazón niegan las maravillas divinas, no obstante sufrir una larga y penosa esclavitud, pues sirven a todas las naciones y se hallan dispersos por el mundo.

La Iglesia, en este día en que se consumó la Redención, pide por ellos que aún no quieren reconocer al Redentor, a fin de que la divina misericordia les quite las tinieblas de sus almas y la dureza de su corazón.

Ante el Divino Mártir desfilaron en el Calvario no sólo sus verdugos y perseguidores, sino también la Virgen su Madre, San Juan y las piadosas mujeres que mezclaron sus lágrimas con la sangre del Redentor.

Esa Cruz santa no ha de aparecer del mundo, pues Jesús, desde esa sublime cátedra del amor, enseña a todas las naciones.

¡Dichosas las naciones que le siguen por el camino del dolor, porque así verán realizada la obra sublime de su eterna redención!

Lic. Juan Cuevas Romero.

Algeciras 29 Marzo de 1917.

SAETA

Dolorosa, flor preciosa,
Madre del Eterno Amor:
eres perfumada rosa
en el jardín del dolor.

Tus ojos, fuentes divinas
no han cesado de llorar
perlas blancas, nacarinas,
más delicadas, más finas
que las del fondo del mar.
Y en tu mirada, Señora,
está la radiante luz
que dió al mundo nueva aurora
y desgarró, triunfadora,
de las sombras el capuz.

Mírala por donde viene,
por aquella lejanía;
no la pintan los pintores
más hermosa que venía
la Virgen de los Dolores.

En tu dolor, Madre mía,
Córdoba te ofrenda amores
y te canta en este día:
no la pintan los pintores
más hermosa que venía.

Cuando tu figura bella,
entre encajes de oro y tal
por nuestras calles destella,
parece una clara estrella
envuelta en el cielo azul.
Entonces suena, vibrante
copla de dolor ungida
que a tí vueta suplicante;
es la Saeta sentida,
humano sollozo errante.

Acógela, bondadosa,
que es del pueblo la expresión
más sincera y más piadosa,
algo así como una rosa
de sangre, del corazón.

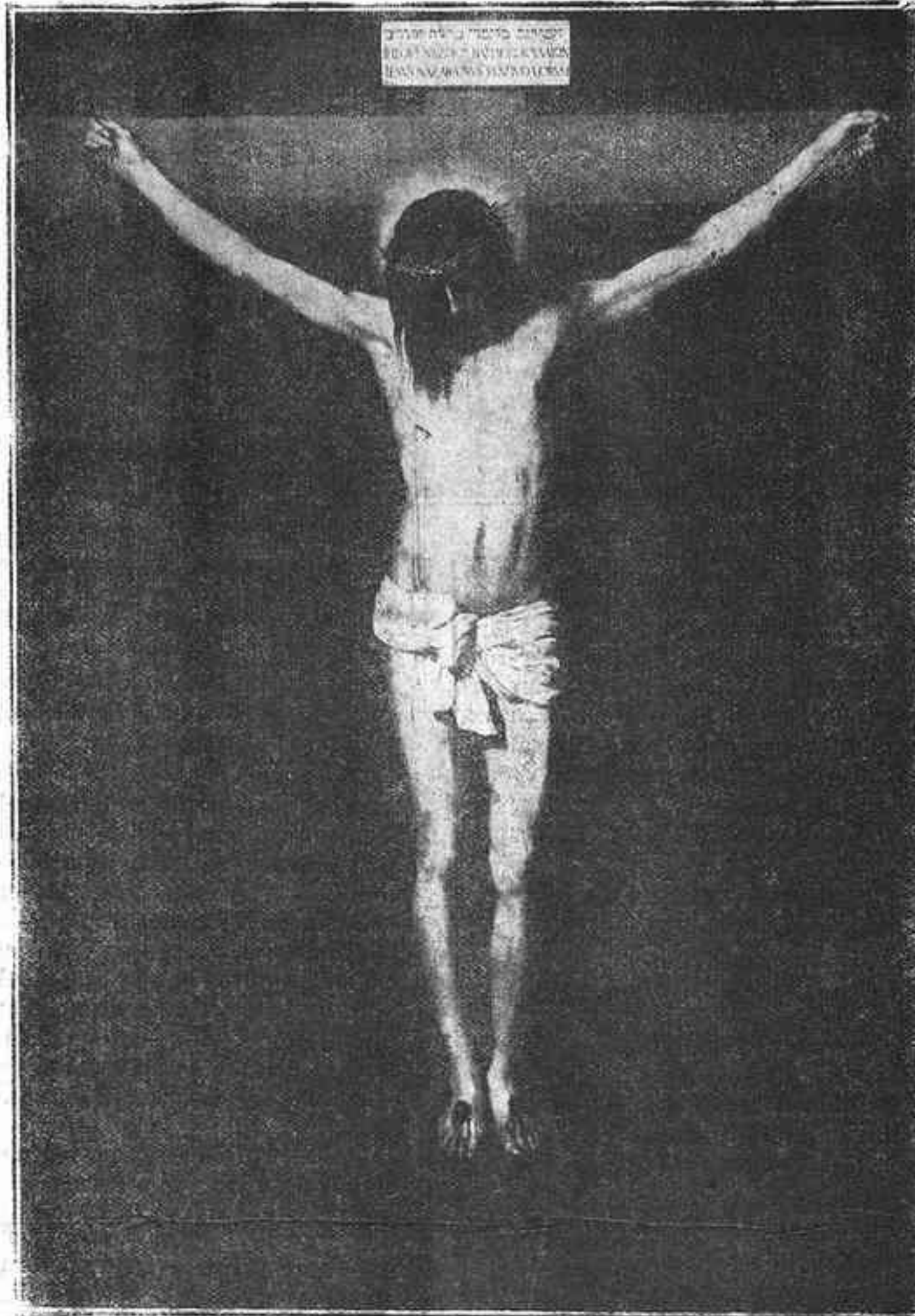
En tu dolor, Madre mía,
Córdoba te ofrenda amores
y te canta en este día:
no la pintan los pintores
más hermosa que venía.

LAS GOLONDRINAS DE JERUSALÉN

AL SEÑOR ALCALDE DEL CARPIO

En las cumbres de Sión se erguía imponente y magestuoso el grandioso templo de Salomón. Al levantarse el sol por e Oriente y dirigirse sus caricias se notaban por todas partes sus admirables vistumbres. Sus puertas, cubiertas de nácar y oro, sus tejados de bronce dorado y sus ventanales de cedro y plata producían visiones inexplicables. A la caída de la tarde, aquella maravilla del mundo, semejante a un monarca destronado, cubierto de soda y pedrería, proyectaba sus sombras mágicas sobre el monte María.

En aquella inmensa montaña del arte, a pesar de los cuidados de los levitas y sacerdotes, innumerables bandadas de golondrinas, procedentes de todas las regiones del Asia, acudían en Primavera a hacer los nidos para sus polluelos, inundando las cornisas y aleros del grandioso templo. Cuando los ministros sagrados elevaban sus cánticos al Dios de Sabaoth y las orquestas de músicos, bajo la dirección de Asaf, resonaban bajo sus amplias bóvedas doradas, el trinar de las avecillas viajeras producía también extraños e interminables conciertos, que alegraban el recinto sagrado, produciendo la satisfacción del Todopoderoso.



Mas cuando la muerte de Jesús, debido a la gran borrasca que se desencadenó en toda la Palestina, además de los numerosos desperfectos que se causaron en el santuario, se abrieron de par en par sus puertas, que apenas podían moverse con la fuerza de sesenta hombres robustos. Los ventanales dejaron ver el interior del templo; y el magnífico velo de púrpura, con bordados de Babilonia, que ocultaba a las miradas profanas el lugar santísimo, donde se hallaban el arca de la alianza y el altar de los panes de la proposición con el candelabro de oro, se rompió de alto a bajo, pegándose sus extremidades a los artesanos, cubiertos con láminas doradas, de la casa de Jevá.

Desde entonces las golondrinas parlaras, como si fueran símbolos de la gracia y misericordia de Cristo, que se extendía a todas las gentes, pudieron penetrar impunemente en el interior del recinto sagrado, hacer allí sus nidos, e interrumpir con sus gorgeos las ceremonias judaicas.

Según las piadosas leyendas, depuesto el cadáver de Jesús, quedaron sobre la cruz, levantada en el Gólgota, la corona de espinas, que hirió la cabeza de Cristo, los clavos que traspasaron sus pies y sus manos y el título de rey de burlas que le colocaron los judíos.

Mas no tardó mucho tiempo sin que las simpáticas golondrinas, dada la soledad en que quedó el monte Calvario, después del sacrificio de Jesús, fueron allí a cantar y a buscar ramajes para los nidos de sus hijuelos; llevándose al fin las espinas y tallos de zarza que formaron la corona del Redentor, introduciéndolos en el lugar santísimo, destinado al Sumo Sacerdote.

Es tradición que, desde entonces, se oyeron voces misteriosas y terribles en aquel lugar, que infundieron pavor y miedo a los ministros del santuario, hasta el punto de que dejaron, a veces, de inmolarse los blancos corderos en el altar de los holocaustos, considerándose próximas la desolación del templo y la ruina de Jerusalén, anunciadas por los profetas.

Después, cuando la destrucción de Jerusalén por Tito, hijo del emperador Vespasiano, a pesar del empuje de las imponentes máquinas de guerra y del incendio del grandioso templo, permaneció en pie e ileso el muro donde las simpáticas avecillas hicieron sus nidos utilizando las sangrientas espinas.

Cuando los primeros cristianos anduvieron dispersos por Jerusalén, se reunían para orar en las ruinas del templo de Salomón, donde las golondrinas mitigaban el dolor de sus lamentaciones con sus insesantes trinos. Más tarde, cuando Juliano el apóstata trató de reedificar el templo y, al remover sus cimientos, salieron llamaradas extrañas de fuego, que impidieron los trabajos, permaneció en pie el lienzo de murallas donde se alojaban los misteriosos pajarillos.

Y aún todavía hoy, después de veinte siglos del trágico acontecimiento, en medio del silencio, majestad y tristeza, que a los peregrinos cristianos causa la vista de Jerusalén, se divisan en las alturas de Sión im-

ponentes ruinas, y en sus carcomidos aleros y cornisas revolotea bulliciosa multitud de alegres y parlaras golondrinas.

Desde entonces, según las leyendas piadosas, las golondrinas penetran en los templos católicos y, sin ser vistas, arrancan las coronas de espinas puestas sobre las imágenes de los Crucificados, y los clavos que taladraron sus pies, depositándolos en las faldas de su dolorida madre. Por eso los cristianos veneran a la golondrina como ave santa; se alegran cuando la ven aparecer en sus hogares en los comienzos de la Primavera y en los días santos, y consideran sus insesantes y tristes gorgeos como fúnebres endechas y saetas de la Pasión del Señor.

¿Dónde vas, golondrinita,
con el vuelo tan ligero?
Voy a quitarle los clavos
a Jesús de Nazarano.

Cristóbal Jurado, Pbro.
Párra de Niebla (Huelva)

En atención a la solemnidad de hoy y siguiendo la costumbre establecida por casi toda la prensa española, mañana no se publicará este periódico.

LA MUERTE DE JESUS

(SILVAS)

Cumplidas están ya las Profecías. Consumada la obra redentora.

El divino Mesías pendiente de una cruz en el Calvario mientras natura llora y se cubre de manto funerario exala su postrer divino aliento en medio del más bárbaro tormento.

Mas antes perdonó a sus enemigos, a aquellos que le injurian y le hieren y quieren ser testigos de la muerte más cruel y más sangrienta mezclada de tormentos y de afrenta. Así muere Jesús, el infinito, en medio de tormentos horribles.

Tan luego como el Padre de los cielos tu espíritu encomienda fatigado y falto de consuelos, el pecho de dolor despedazado, contempla terminada su obra pia; inclina el alma frente y cesa su agonía dando al Padre el espíritu inocente.

¡Oh momento sublime y sin segundo!
¡Oh sin igual momento!
Se estremecen los ámbitos del mundo!
Y tiembla el firmamento,
y se oscurece el sol resplandeciente,
y aparece la luna ensangrentada
y ábrense los sepulcros
y huye de allí la turba despiadada,
y rómpece estridente
el velo del santuario del Señor
y pártense las piedras de dolor!

En tinieblas el mundo
y temblando de miedo la natura
el pueblo deicida
es presa del espanto y la pavora
y en su medrosa huida
del Gólgota, que yace silencioso,
golpéase su pecho atribulado,
y abatido y lloroso
confiesa a voz en grito su pecado.

Mas no un dolor sincero
extinguirá la torpe maldición
que turbulento y fiero
arrojó sobre sí en su presunción,
cuando, al fin, seducido
por levitas y ancianos, inclemente
la sangre al juez pidió del Inocente.

¡Oh! no; solo el temor le estremecía,
no el amor con destellos singulares.
Aquel prueba, no más, su cobardía
de estériles pesares
y Jesús que muriendo en una cruz
nos muestra eterno amor con clara luz
sólo amor abrazado
pide al justo lo mismo que al culpado.

Amor la recompensa
es, pues, no más, de tanto amor divino;
un amor peregrino,
que satsiga a esta bondad inmensa.
Amor dulce y filial y sin medida,
amor de corazón enamorado,
como es el de Jesús Crucificado,
que por nosotros dió su sangre y vida.

Fr. Antonio González,
O. P.

Córdoba y Abril de 1917.

El proceso de Jesús

En vano se había alzado potente la voz de la razón y de la justicia proclamando, por boca de Nicodemos, que los preceptos del Deuteronomio en sus capítulos IV, versículo 15, y XVIII, 20, no tenían aplicación al caso que se discutía, puesto que tales textos legales condenaban el politeísmo y la idolatría, y Jesús de Nazaret siempre había hablado de un sólo Dios, del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; Dios que era espíritu y que en espíritu y en verdad debía ser adorado. ¡Reo es de muerte!—habían clamado a una voz los escribas y los ancianos. — ¡No es este el caudillo poderoso que nos ha de hacer libres y nos ha de sacar de la ominosa servidumbre romana; es necesario que uno muera por la salud de todo el pueblo! Nada de libertades y soberanías espirituales; nada de bienandanzas para después de la muerte; las queremos aquí, en la tierra, para mientras dure la vida! Además, continuaban los acusadores, leyes tenemos y según esas leyes será juzgado; si no es culpable, salvo le hará la ley. Y Nicodemos, ahogada su voz por los gritos de los enemigos de Jesús, en-

Mientras llora Maria

Callad pájaros cantores;
vuestro aroma con el viento
no lleveis, fragantes flores,
hasta el azul firmamento.

Musas de las arpas de oro
llenad hoy vuestras caraciones
de hirviente y amargo lloro
que partan los corazones.

Niega, sol, tu luz radiante
y allá en el mundo en sombras reviste
para que muera un instante,
para que todo esté triste.

Que al humano desconcierto
y allá en la cumbre sombría
¡el hijo inocente muerto
está llorando María!

Jesús Rodríguez Redondo.



SANTO CRISTO DE GRACIA.—Imagen que se venera en el Convento de los RR. PP. Trinitarios (PP. de Gracia) y que se halla a cargo de la piadosa hermandad de aquel nombre, la que constantemente se ocupa en conceder el mayor esplendor posible al culto que a aquella dedica el pueblo de Córdoba.



A JESÚS

Viniste al mundo predicando dichas y, añadiendo el ejemplo a la palabra, fuiste pobre y humilde; condenaste la vanidad humana.

«Amor y caridad». Tal fué tu lema y con él demostraste a la ignorancia que todos los mortales son hermanos; el negro, el blanco, el opulento, el paria.

«No entrarán en el reino de mi padre los ricos» —nos digiste. — «Le es más grata la pobreza al Señor, que las riquezas».

«Socorred las desgracias».

«Dad aquello que os sobre, al desvalido». Y con esta doctrina sacrosanta desterraste el error y cimentaste la Religión del bien y la esperanza, sellando en el Calvario con tu sangre la redención humana.

Han pasado los siglos, y tu nombre venerable se ensalza, pero de tus doctrinas se prescinde y se borra la senda que trazaron tu oratoria y tu ejemplo. La riqueza es la diosa en el mundo respetada; verás los poderosos revistiendo sus vicios, de oro y plata habitar en magníficos palacios, ostentando necio orgullo, pompa vana.

No eligen como Tú, por compañeros a los pobres jamás. Si las desgracias socorren y protegen al humilde es por adquirir fama y que la adulación comente el hecho de haber dado al hambriento las migajas.

«Aún existen, Señor, los Fariseos!», hay esclavos, hay parias, y ancianos que sucumben estenuados y niños que hambre pasan, en tanto que los perros del magnate desprecian satisfechos las viandas.

Los pobres aborrecen a los ricos, estos nombran a aquellos «la canalla». Se asesinan los hombres, como fieras invocando a tu Padre en las matanzas.

En fin, la sociedad, ya lo estás viendo, no se acuerda siquiera de tus máximas y por cubrir la lepra de sus vicios con una hipocresía refinada —salvando decorosas excepciones que están en minoría, por desgracia— sigue quemando incienso en tus altares y elevando a tu trono sus plegarias.

Juan Ocaña.

LA SEMANA SANTA EN CORDOBA

Procesiones de la Sierra y la Campiña

Ostensiblemente se refleja en el carácter cordobés el vivo influjo de los dos elementos fundamentales que determinaron la formación de la ciudad: la Sierra y la Campiña. De la acertada proporción en que la una y la otra concurren para la determinación del alma de Córdoba, ha resultado el particular aspecto de nuestro pueblo: vivo de imaginación y profundo de pensamiento; ocurrente sin mordacidad; moderado en la expresión y discreto en la conducta; serenamente alegre; un poco melancólico; muy dado a la amistad; propicio a transigir hasta cierto punto; hospitalario y afectuoso... Al hombre de Córdoba, luego de iluminarse el alma en la Campiña, cuya representación más hermosa es el esplendoroso Guadalquivir—río grande del Andalúz, orgullo de la región nuestra— se le ha serenado en los boscajes encantadores de la Sierra, de los que emerge el triunfo suave de las Ermitas, ostentando sin violencias la serena conclusión del renunciamiento y la muerte en la cumbre más elevada, desde la que, por faltar poco para llegar al cielo, como digera el cantor inolvidable, se abarca de un solo golpe de vista el panorama geográfico y espiritual de la población y sus habitantes.

Este carácter particular de Córdoba, para conocerlo exactamente en el más apropiado fruto de las dos fuerzas que en su composición concurren, ofrece dos expresiones de índole colectiva: la feria de la Salud, celebrada durante el mes de Mayo en el Campo de la Victoria, y la Semana Santa, que en pocos días precede a aquella y que tiene por escenario la ciudad entera.

Aquella, viene a constituir el triunfo de la Campiña alegre y soleada y esta, la Sema-

na Mayor, parece inspirada por la musa melancólica y profunda de la Sierra de Córdoba. Mas ocurre que ni en la una ni en la otra se proclama claramente la concurrencia y el triunfo de aquellas inspiraciones indudables, para determinar con ello la plena intervención de la Sierra y la Campiña y el total aprovechamiento de ambas influencias sustanciales en la vida de Córdoba.

Bien sencillo—como que de circunstancias naturales se trata—sería llegar a ello de una manera decisiva.

En cuanto a la Semana Santa, para proclamar la intervención de la Campiña, bastaría con que se concediese mayor cuidado al paso de la procesión del Campo de la Verdad—barrida humilde que semeja una aldea campesina pegada a la ciudad de Córdoba, la que es síntesis admirable, armonía maravillosa de las influencias del monte y la llanura—por el Puente Romano, desde donde se reflejarían en las aguas del Guadalquivir, aunque por el pronto no se pretendiese que el acto ostentara los esplendores alcanzados en la ciudad hermana por la entrada de las procesiones que de Triana van a Sevilla para cruzar, con las otras, por la suntuosa Catedral hispalense. Respecto a la Sierra, aprovechando un vivo elemento que cada año se manifiesta en las tradicionales romerías, bien pudiera organizarse bellas procesiones que, saliendo del santuario de Santo Domingo de Scala Caeli u otros, vinieran a Córdoba, por el día o durante la madrugada, para luego pasar por nuestra incomparable Mezquita Catedral, prodigio de armonía en el que se funden en una sola maravilla las huellas de las civilizaciones todas que en nuestra ciudad se asentaron y desarrollaron. La misma procesión que en las Ermitas se efectúa, fácilmente se pudiera conseguir que llegase a Córdoba, y constituiría su tránsito un acto de interés excepcional.

Resultaría, por tanto, que las procesiones de la Sierra y la Campiña habrían de confluir en la Mezquita Catedral, en la que, con el objeto de ofrecer una belleza que correspondiese a la hermosura de aquella concurrencia de representaciones, se podría realizar un pensamiento que ya en otras ocasiones ha sido expuesto: la iluminación mediante el establecimiento de sencillas y económicas lámparas de aceite colocadas en cada uno de los arcos. Convertida la Mezquita en Catedral, bien pudiera aceptarse asimismo que las viejas lámparas—de las cuales algunas se conservan en Fez, pudiendo, por tanto, servir de modelo para restablecer las de Córdoba—sirvieran para iluminar la iglesia mayor de la ciudad que San Fernando devolviera al culto del divino Nazareno.

«Idealidades sin fuerza de realidad? ¿Divagaciones que, por serlo, carecen de consistencia? ¿Falta de conocimiento de la realidad presente? Más exactamente pudiera decirse que se trata de la expresión de un sueño más formado en la ideal ciudad del ensueño, que por algo está dormida, y, en disculpa de haberlo declarado, se ha de añadir que, si la Campiña y la Sierra a porfía ofendían sus dones a Córdoba, naturales es que quienes a Córdoba profesan amor: apuro e inquebrantable lleguen a su imperderable Mezquita-Catedral—armonía maravillosa, síntesis de todas las civilizaciones que por la Sierra y la Campiña a ella llegaron para fundirse en la producción de un solo prodigio excepcional—y en ella, al abrir los ojos a la luz de las concepciones más altas, sencilla y humildemente depositen el fruto de sus sinceras y sentidas imaginaciones.

E. G. Nieffa



Tripitico del Jueves Santo

Anochecer

La tarde va a espirar del Jueves Santo; camina el Sol hacia el Ocaso, lento, y, cual fantasma triste y macilento, la Noche avanza, envuelta en negro manto.

No se escucha del ave el dulce canto y el apacible susurrar del viento parece convertirse en un lamento, expresión de dolor, de hondo quebranto.

En el templo, del Dios omnipotente semejando la tumba sacrosanta, el Monumento elevase, imponente.

Allí la multitud dobla la planta, inclina la cabeza, reverente, y el corazón hasta sus Dios levanta.

A visitar Sagrarlos

Más hermosa que siempre y más sencilla la mujer se presenta en esta tarde; honesta y sin hacer de orgullo alarde porque ante Dios la vanidad se humilla.

Cruje la seda de su traje y brilla como en las sombras el puñal cobarde. Del sol el fuego en sus pupilas arde, nimbado por la clásica mantilla.

Forman contraste con sus negros ojos de sus megillas los claveles rojos y de sus frescos labios la amapola.

Vedla pasar, modesta pero ufana; hoy parece más bella y más cristiana porque es, vestida así, más española.

El Miserere

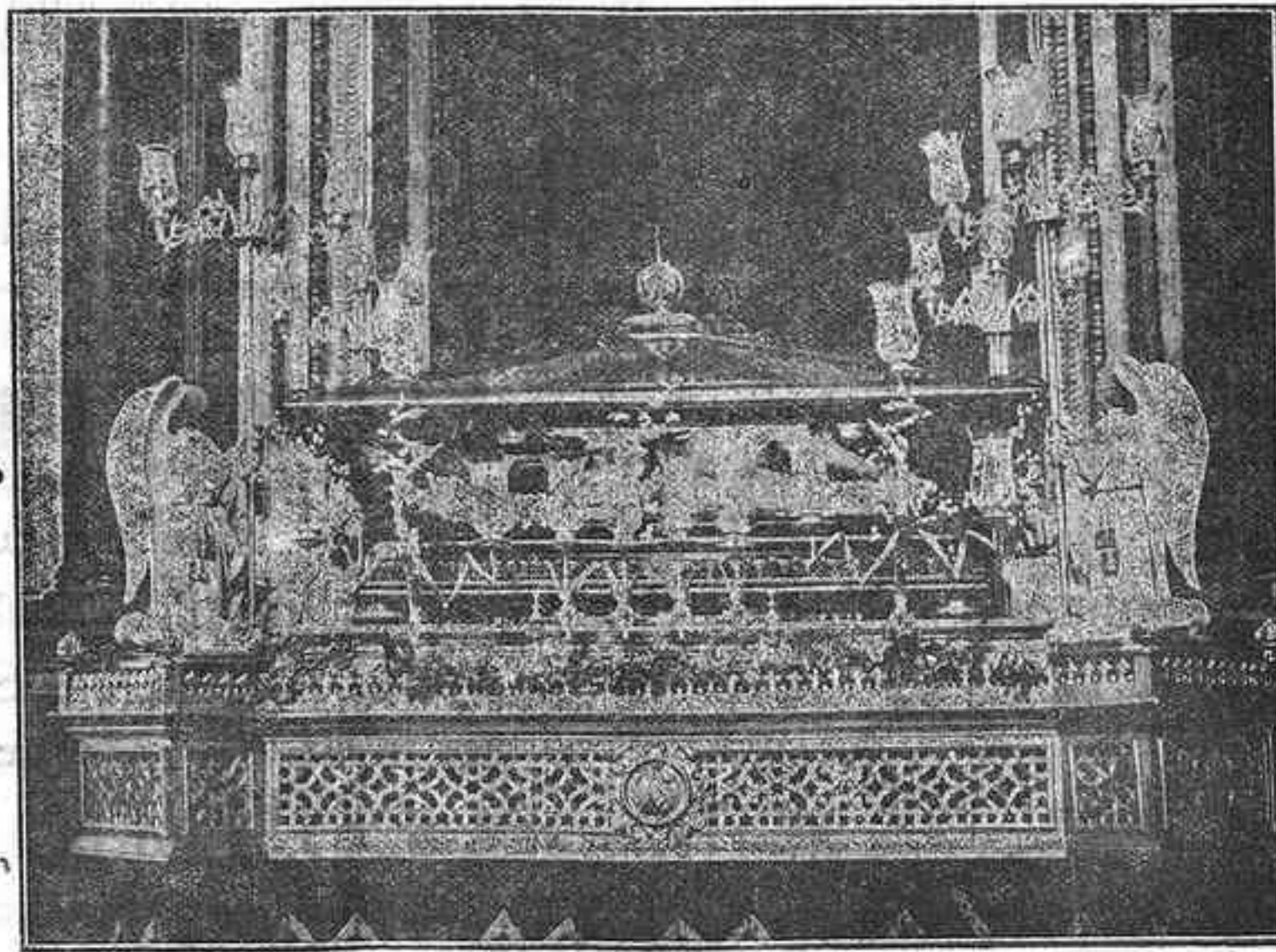
Cesan los trenos, lúgubre elegía que de las almas el dolor condensa; se apaga el tenebrario, sombra densa envuelve aquel poema de agonía.

Surge, a poco, un torrente de armonía, himno sin par, de inspiración inmensa, que, después de inundar la nave extensa, lento se pierde en la región vacía.

Es de David el salmo portentoso, creación sublime a que ninguna iguala porque un tesoro de ternura encierra.

Es, más que un canto a Dios, vibrante, hermoso, una invisible y misteriosa escala tendida entre los cielos y la tierra.

Ricardo de Montie.



SANTO SEPULCRO que se venera en la iglesia del Salvador.

La sentencia de Jesús

Como documento curioso a continuación publicamos la sentencia que condenó a muerte al Hijo de Dios:

Estaba encerrada en un tubo de hierro, escrita en pergamino con caracteres hebraicos, y ha sido interpretada así:

«En el año XVII de Tiberio César, Emperador romano y Monarca invencible de todo el universo, en la olimpia CXXI, en el año cuatro veces MCXLVII de la creación del mundo según el cenáculo de los hebreos, en LXXIII del imperio romano y CDXVII de la vuelta del cautiverio de Babilonia, siendo cónsules Lucio Pisino, Pontífice romano; Mauricio Saurico, Procurador de la Invenible y Valerio Palestino, Gobernador de la Judea; siendo Regente y Gobernador de la ciudad de Jerusalén Flavio Quarto, Presidente *gratissimus*; siendo Gobernador de la baja Galilea Poncio Pilatos; Anás y Caifás, Patriarca y gran Sacerdote; siendo guardias del Templo Alos y Macios y siendo centuriones de los Cónsules Romanos Quinto Cornelio Sublimo y Sexto Pampilio Rofo, el XXV de Marzo.

Yo, Poncio Pilato, representante del Imperio romano en este Palacio de Larchi, nuestra residencia, juzgo y condeno a la pena de muerte a Jesús, llamado Cristo Nazareno, del país de Galilea, hombre de Ley mosaica, sedicioso contra el Emperador Tiberio César, y en razón de lo expuesto, decido que sufrirá sobre la Cruz, como culpable de haber reunido numerosos ricos e indigentes, no cesando de provocar tumultos en toda Galilea, diciéndose Hijo de Dios y Rey de Jerusalén, ame-

nazando con la ruina de Jerusalén y el Imperio Sagrado, negando el tributo a César, osando entrar con palmas y en triunfo, seguido de la multitud, como un Príncipe en la ciudad y en el Templo divino.

«Por estas razones, ordeno a mi centurión Quinto Cornelio que conduzca públicamente por la ciudad de Jerusalén, con dos ladrones homicidas, a Jesucristo, atado y azotado, vestido de púrpura y coronado de espinas, llevando la Cruz sobre sus hombros, a fin de que sirva de ejemplo a los malhechores.

«Y todos saldrán por la puerta hoy denominada Antonia e irán hasta el monte llamado Calvario, donde, después de haber sido crucificado, permanecerá expuesto su Cuerpo en la Cruz, como espectáculo del castigo reservado a los criminales.

«Se ha colocado sobre la Cruz la siguiente inscripción en las tres lenguas, hebrea, griega y latina. En hebreo: *Aloy osidim!* En griego: *Jesús Nazorayo*. En latín *Jesús Nazarenus, Rex Judaeorum*.

«Asimismo ordenamos que ninguna persona, cualquiera que sea su clase, ose temerariamente oponerse a la justicia por nos ejercida en todo su rigor, según los decretos y leyes de los romanos y los hebreos, bajo pena de incurrir en los castigos reservados a los que se insurreccionen contra el Imperio.

«Han firmado esta sentencia:

«Por las doce tribus de Israel: Rabán, Daniel, Segundo, Juan, Bencías, Barban, Isaac, Presidan. «Por el gran sacerdote: Rabán, Judas, Boncasalon. Por los fariseos: Rollat, Simón, Daniel, Braban, Mordagin, Boncertasili. Por el Imperio y el Presidente de Roma: Lucio Sextillo y Amostro Silio, notario judicial».

“LIGNUM CRUCIS”

Descubierta de un modo milagroso en 326 la Cruz en que expiró Nuestro Divino Redentor, y dividida cual precioso tesoro entre las iglesias de Jerusalén, Constantinopla y Roma, de estos puntos proceden las diversas reliquias que se veneran en las principales iglesias de la Cristiandad.

En España, no sólo en las Catedrales, sino, también, en muchos otros templos, se conservan pequeños trozos del sagrado madero, encerrados por lo regular en «thecae» en que el gusto del artista consiguió sobrepasar en valor al rico metal que empleó al hacerlas. Concretándonos aquí al Real Palacio, entre las muchas preciosidades que su relicario encierra, llama justamente la atención un calendario formado de reliquias de santos, y distribuido en doce grandes óvalos de plata, correspondientes a los doce meses del año, sostenido cada uno por dos ángeles y llevando por remate las armas pontificias, trabajo italiano del siglo pasado. Aparece en el centro del correspondiente al mes de Noviembre encerrado en un circuito una pequeña Cruz, formada con reliquias de la verdadera, según indica la inscripción puesta debajo: «Ex Ligno Sahectae Crucis».

Existe también, con dicho relicario, un templete circular formado por cuatro columnas de lápiz azul, que se apoyan en un pavimento formado de mosaico, de cuyo centro se destaca una pequeña custodia ostentando entre cristales una Cruz formada con partoulas de la verdadera, según la inscripción allí puesta, en que se lee: «Ex Ligno Crucis». Esta joya, según consta en la auténtica escrita sobre pergamino con letras de colores y que se halla colocada en un cuadro según se entra a mano izquierda, en 1855 se la regaló el Pontífice Pío IX a la Reina doña Isabel II.

La piadosa Infanta doña Isabel de Borbón tiene en su oratorio particular un pequeño relicario de plata, el que entre cristales deja ver otro «Lignum Crucis», notable por su tamaño, leyéndose al pie la siguiente inscripción del Obispo de Cuenca en 1826: «Raimundo Episcopus Conchensis Donavit, Anno Domini MDCCXXVI.» Lo donó Ramón.

Pero el principal de todos, por la riqueza que lo adorna, es el que se emplea en la Real Capilla en el acto de la adoración de la Cruz, en los oficios del Viernes Santo, solemne momento en que los Reyes de España perdonan a varios reos condenados a muerte. Perteneció en otro tiempo a la Universidad de Alcalá, de donde pasó a poder de doña Isabel II, quien mandó hacerle el magnífico relicario que ahora tiene en forma de cruz, de 36 centímetros de altura, tasado en 14.000 duros.

LA PROCESIÓN DEL DOMINGO

El domingo próximo, cuando termine la fiesta que anualmente se celebra en la iglesia parroquial de Santa Marina, serán sacadas procesionalmente las imágenes que representan la Resurrección de Jesús y Nuestra Señora de la Luz.

Asistirán al acto una comisión del Ayuntamiento y la Banda municipal de Música.

La procesión recorrerá las calles siguientes: Moriscos, Dormitorio, San Agustín, Rejas de Don Gome, Juan Rufo, Puerta del Rincón, Isabel Losa y Mayor de Santa Marina, regresando a su templo.

Hará estación en la ermita de los Mártires.

Con el objeto de satisfacer la creciente demanda de ejemplares del DIARIO y para mayor comodidad del público, los números sobrantes de la tirada corriente quedan puestos a la venta en los kioscos de las Tendillas, la calle del Conde de Gondomar y la Estación, dejándose de expenderlos en la Administración de este periódico.

Sección Religiosa

Santo de hoy.—San Celestino, papa y mártir. —Mañana.—San Epifanio, obispo y compañeros mártires.

En San Nicolás.—Mañana, a las seis de la tarde, dará comienzo la solemne novena a San Francisco de Paula. Predicará el R. P. Albino G. Menéndez Raigada.

Cultos para el Sábado Santo.

Hora y templos donde se celebrarán los Santos Oficios propios del día:

En la Catedral, a las ocho y media de la mañana, los solemnes Oficios del día. Angelica cantada por el benedictino sochanton don Leopoldo López Malo. A las diez, Misa de Angelus a voces mixtas, Magnificat a canto gregoriano. En los Oficios de este día se hará la bendición del cirio pasqual y pías.

En la parroquial de San Francisco, a las ocho los Oficios del día.

En la del Salvador, a las nueve.

En la de San Lorenzo, a las siete.

En la de Santiago, a las ocho.

En la de San Nicolás, a las ocho.

En la de San Pedro, a las ocho.

En la de San Miguel, a las siete.

En la del Espíritu-Santo, a las siete.

En la de San Andrés, a las siete.

En la de San Juan, a las nueve.

En la de Santa Marina, a las ocho.

En la Real iglesia de San Hipólito, a las siete y media. Terminados se dará la Comunión a los fieles que la pidan.

En la Real iglesia de San Pablo, a las siete.

En la iglesia de los PP. de Gracia, a las siete y media.

En la de San Cayetano, a las siete. Canto de la Angelica y profesas. Por la tarde, a las cinco, santo rosario y salve carmelitana.

En la de Capuchinos, a las siete y media.

En la de San Agustín, a las ocho.

En la de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, a las siete.

En la del Colegio de Sirvientes, a las seis y media.

En el convento de Santa Isabel de los Angeles, a las seis y media.

En el de Santa Marta, a las siete y media.

En el de Corpus Christi, a las seis.

En el de Capuchinas, a las seis.

En el del Cister, a las siete.

En el de la Encarnación, a las seis.

En el de Santa Cruz, a las seis y media.

En el de Santa Ana, a las siete.

